
LA ENSEÑANZA DE LA MORAL EN LA ESCUELA PRIMARIA

Émile Durkheim

Desde hace casi treinta años, perseguimos en Francia una empresa pedagógica que ciertamente es una de las más atrevidas de entre las que se intentaron hasta hoy. Hemos decidido enseñar a nuestros niños de las escuelas primarias la moral en términos puramente laicos. Soy de los que creen que la empresa era necesaria y posible. También soy de los convencidos de que una revolución como ésta no iba a estar exenta de dificultades. Ciertamente, era menos sencillo y mucho más difícil de lo que habían pensado los hombres de valor y de fe a quienes corresponde, por otra parte, el gran honor de haber tomado la iniciativa. Esto nos explica cómo, a pesar del celo y ardor de los maestros, los resultados obtenidos dejan aún que desear.

Precisamente porque —bajo diferentes formas— esta cuestión es quizás una de las que han tenido un lugar más relevante en las preocupaciones de toda mi vida, por lo que he pensado que sería uno de los temas que más útilmente pudiera ocuparme hoy con ustedes. Seguramente, el problema es demasiado complejo, demasiado difícil, para que pueda esperar, en el espacio de una conferencia, tratarlo en toda su extensión. Para haceros comprender, para justificar cómo haría falta el método que convendría seguir en la enseñanza de la moral laica, para haceros ver cómo este método debe aplicarse con todo detalle a las cosas particulares, me haría falta un año, e incluso más tiempo. Pero como me dirijo aquí a espíritus avisados, he pensado que no era imposible haceros al menos entrever, en el poco tiempo de que dispongo, el sentido en el

que debe ser orientada esta enseñanza de la moral laica en la escuela primaria, que no era imposible, al menos, daros la impresión de la idea directriz en que debe inspirarse. Eso es lo que voy a intentar hacer.

He aquí cómo debe plantearse el problema: se trata de saber cómo es posible enseñar la moral sin tomar en préstamo ninguna clase de religión revelada, ni tampoco ninguna clase de teología racional. No es que yo pretenda cuestionar el derecho a la existencia de estas teologías, sino que está claro que las doctrinas metafísicas no son accesibles a los niños. Estamos ante la imposibilidad de servirnos de ellas en la escuela primaria. Dejémoslas, pues, de lado.

Pero para estar autorizados de prescindir de las religiones es preciso, evidentemente, que tengamos razones para creer que podemos hacerlo tanto o mejor que ellas. Es necesario que tengamos razones para creer que podemos prestar los servicios que ellas han rendido y, por consiguiente, nuestra primera preocupación debe ser buscar cuáles son los servicios que la religión ha prestado, de modo que veamos si estamos en condiciones, y en qué forma, de satisfacer las mismas necesidades aunque de otra manera.

En fin, podéis entender que la alianza sellada antiguamente entre la moral y la religión no puede ser sólo producto de la interpretación del hombre. Desde hace siglos, las ideas morales se han resguardado tras las ideas religiosas y, durante mucho tiempo, moral y religión se han confundido. Pues bien, una afinidad tan estrecha entre estas dos especies de ideas, entre estas dos clases de concepciones, debe evidentemente corresponder a algo real, debe evidentemente fundarse, en alguna medida, en la naturaleza de las cosas.

* * *

Voy a mostraros el carácter esencial de la moral, el que la distingue de lo que no es, de todo lo que no es verdaderamente la actividad humana.

Lo que caracteriza las cosas morales, lo que las distingue de las demás cosas humanas, es el valor inconmensurable que le reconocemos respecto a otras cosas que desean los hombres. Para asegurarnos de ello, dejemos de lado las teorías de los filósofos, dejemos de lado sus libros. Estos filósofos, para ser comprendidos, han intentado reducir sus sistemas a algunas fórmulas simples, a algunas reglas en las que sus concepciones estaban más o menos alteradas para volverlas más o menos inteligibles a la masa. Dejemos, pues, de lado la moral de los libros, interroguemos la conciencia pública tal como os habla, tal como habla a vuestro alrededor.

No cabe duda de que cualquier conciencia recta, hoy como ayer, en todos los países y en todos los tiempos, toda conciencia recta ha venido considerando que los bienes morales no tienen ninguna medida común con los otros bienes que los hombres desean y persiguen. Podemos incluso admitir que se pongan en los dos platillos de una balanza, por una parte, los intereses industriales y, por otra, los intereses de la higiene. Podemos admitir que se haga un balance entre los intereses de la ciencia y los del arte. Se puede hacer, por ejemplo,

balance entre las ventajas de una reforma sanitaria y lo que cuesta; se puede examinar si los inconvenientes higiénicos de una práctica industrial son compensados por sus ventajas económicas. Admitimos muy bien que se pueda preguntar si el estado estacionario de la civilización, en tal país, no es compensado por tal progreso de las ciencias, o a la inversa.

Pero lo que no podemos admitir, sin sentir enseguida levantarse una protesta en nuestro interior, es que los progresos de la inmoralidad puedan ser compensados por el progreso de la industria, o los progresos del arte, o los de las ciencias. No podemos concebir que el valor económico, artístico, científico, de un lado, y de otro el valor moral puedan ser —en la medida que sea— concebidos como equivalentes. No podemos concebir que entre estos dos órdenes de valores pueda haber una medida común, y es porque la moral nunca enseñará que la inmoralidad pueda ser dejada de lado, compensada por una ventaja industrial o científica. La inmoralidad de una sociedad no es menor porque cuente con muchos artistas, muchos sabios, o con muchas plantas industriales. Por pequeño que sea el sitio que la moral ocupe en el orden de las cosas humanas, nuestras conciencias deben hacerle lugar aparte.

¿De dónde proviene, pues, ese lugar excepcional que le es asignado? Analicemos la vida moral del individuo. Toda la vida moral del hombre es gobernada por un cierto número de reglas, de principios, de máximas, de acciones que nos indican o nos prescriben cómo hay que obrar en diferentes circunstancias. La moral es un sistema de reglas.

La existencia de estas reglas, de estas máximas, que determinan la acción, no tiene nada de particular en la vida moral. No hay profesión en que no haya reglas que observar. Toda clase de profesión tiene su técnica, o sea, el código de principios que ha consagrado el uso. El albañil que talla sus piedras tiene su técnica, como el médico tiene la suya en la cabecera del enfermo, como el profesor la suya en la enseñanza, como el ingeniero en su fábrica. Toda nuestra vida física está dominada por la técnica de la higiene y de la medicina. Hay un conjunto de reglas a observar si queremos encontrarnos bien, o si queremos curarnos. Estas reglas se las preguntamos a los médicos, mas no por ello existen menos. Estas reglas, estas leyes de la técnica profesional, de la higiene, tienen un carácter propio, un carácter utilitario: nos sometemos a ellas porque nos encontramos bien, porque las pruebas a las que estas reglas se han sometido las han consagrado, porque las experiencias pasadas nos garantizan su valor de principio. Los hombres se han encontrado bien siguiéndolas durante tanto tiempo que hay razones para creer que —de igual modo— nosotros mismos nos encontraremos mejor. Nos sometemos a ellas, dicho claramente, porque esperamos obtener de esta sumisión resultados ventajosos. Si estamos conformes con las reglas de la higiene es porque es la mejor manera de evitar las enfermedades; ejecutamos las ordenanzas del médico porque es la mejor manera de curar la enfermedad. Nuestra conducta siempre está determinada en estos casos por un móvil: resultado desagradable al que nos exponemos si violamos los principios; agradable si los seguimos. Son siempre consideraciones uti-

litarias que nos guían: es la naturaleza intrínseca del acto prescrito y sus probables consecuencias; es el deseo de ver producir a este acto resultados agradables.

Todo es distinto en lo que concierne a las reglas de la moral. Si las violamos, nos arriesgamos a ser puestos al margen, en cuarentena, en el índice. Ya no hablarán con nosotros de la misma manera, no se nos tratará del mismo modo, se nos mostrará menor estima, nos manifestarán incluso desprecio. Si la violación es muy fuerte, la sociedad misma nos golpeará. He ahí las consecuencias desagradables de nuestra conducta. Pero también es constante, universal, que para que un acto sea moral, para que un acto sea considerado como moral por la conciencia pública, no basta con que esté conforme materialmente con la regla que lo prescribe, no basta con que haya cumplido lo que ha sido ordenado. Es necesario que no haya miedo a las penas, ni deseos de recompensa. La conciencia moral ha sido siempre unánime en este punto: el acto no era moral si lo hicimos para evitar las consecuencias penales o para buscar agradables resultados. He ahí algo muy particular. Para que un acto sea moral, ha de haber sido llevado a cabo de una cierta manera. Para que la regla sea obedecida como conviene que sea obedecida, nos hemos de someter a ella no para evitar penas u obtener recompensas, sino sencillamente porque la regla lo ordena, y por respeto a ella, y porque nos aparece como respetable. En una palabra, como dicta la conciencia pública, hay que cumplir el deber porque es el deber, por respeto al deber.

¡Os preguntáis cómo es posible esto! Constatad solamente ahora que todo el mundo habla así. No hablo aquí de los filósofos. Pero también comprendéis que, para que así sea, tiene que haber en estas reglas un prestigio muy particular, una autoridad excepcional que haga doblegarse a esta voluntad y nos imponga obediencia. Sí, estas reglas morales tienen esta autoridad. Sabemos bien en qué tono de mandamiento habla el deber cuando habla. Tiene un tono autoritario, tajante; no admite duda. Las más de las veces, dudamos cuando nos preguntamos lo que hay que hacer en la vida para nuestra conducta utilitaria. Pero cuando se trata del deber, todo está claro, todo es nítido. Ordena de una manera precisa. Para tener una idea de sus modos tenemos que escucharlos. Escuchad esa voz interior que todos los hombres conocen tan bien. La mayor parte de los hombres no saben de dónde viene, pero todos la sienten en ellos, y cuando se deja oír lo hace con un acento tal que no podemos desconocerla. Podemos permanecer sordos a esta voz, pero no podemos negarla. Tiene un carácter imperativo, ordena, y esto es lo que da la seguridad con la que obramos cuando creemos al fin ver claro. De ahí que hayan dicho ciertos filósofos que el deber no es sino un conjunto de consignas severas, imperativos, a los que hay que obedecer porque lo mandan. Si la moral no fuera nada más, si tuviera exigencias de este género, es probable que los hombres no pudieran practicarla. Si la moral no fuera más que estos mandamientos, nos preguntaríamos por qué los hombres iban a poder violarla.

Para que pensemos cumplir el deber, no basta con que hable imperativa-

mente; es necesario que los actos que ordena puedan conmovernos, emocionarnos. Hace falta que el acto reclamado no nos sea extraño, que podamos desearlo, que, de algún modo, se nos aparezca como bueno y digno de ser amado. La moral se nos aparece como un sistema de principios imperiosos, por un lado. Pero si no fuese más que esto, bien pudiéramos no estar conformes, podríamos ceder a la coerción, pero no podríamos quererla verdaderamente. Para quererla es preciso que podamos amarla. Esto es lo que ha comprendido la opinión común, cuando dice que en la moral hay dos ideas, la idea de deber y la idea de bien.

La idea de bien, ¿qué quiere decir esto? Esto quiere decir que la moral no es sólo un sistema de reglas, sino que el acto moral es bueno, que puede ser deseado, que podemos amarlo. El filósofo Kant ha intentado, en cuanto que tenía una alta idea del deber, reconducir la idea de bien a la idea de deber. Pero esta reducción es imposible. No se puede reducir la idea de bien a la idea de deber. La idea de bien tiene su brillo propio, no se puede velar este brillo a nuestros ojos sin que su horizonte sea más o menos ensombrecido, es necesario que la moral se nos aparezca como amable y como digna de ser amada, que hable a nuestro corazón y que podamos cumplirla, incluso en un momento de pasión.

Pero nos vamos a encontrar con un segundo carácter como un aspecto del primero. Deseamos los actos morales como los otros bienes, pero los bienes morales se distinguen de todos los demás; se puede amar los honores, se puede amar la riqueza, la fortuna, la gloria; y para obtener esos bienes, en cierto modo no hay sino que seguir la pendiente de nuestros deseos, que nos lleven ellos mismos. Podemos guiarlos por la inteligencia, dirigirlos con reflexión, pero no tenemos que resistirlos, no tenemos más que seguirlos. Por el contrario, cuando llevamos a cabo los actos de la moral, hay un esfuerzo, una penalidad, un sacrificio. Bien sabéis que los pormenores de la vida diaria están hechos de sacrificio a cada instante. En todo momento hacemos sacrificios; incluso la vida moral ordinaria, a ras de tierra, supone esfuerzos de este género. Sabemos bien que un acto moral demasiado fácil de ejecutar no es un acto moral. En alguna medida y del modo que sea, hacemos violencia a algo cuando ejecutamos un acto moral. Sí, seguimos nuestros deseos, pero también reprimimos otros, hacemos violencia a nuestra naturaleza. Al obrar moralmente, nos elevamos por encima de nosotros, nos sentimos superiores. Si no nos violentamos, si decaemos de nuevo al nivel de la vida ordinaria, no podremos obrar moralmente.

En el bien moral hay algo que nos sobrepasa. De cualquier modo que se les conciba, los fines morales deben ser representados como trascendentes en relación con los otros. Que se represente la moral como sistema de reglas que ordenan, o como un ideal que se desea, tanto en un caso como en otro, la moral nos aparece como vinculándonos a un mundo que no nos es extraño sin duda, a un mundo que evidentemente nos concierne, pero a un mundo que nos sobrepasa infinitamente. Si bien, cuando lo queremos, tenemos el sentimiento de que nos elevamos, que dominamos algo en nosotros. He ahí lo que

hace que, en todo tiempo, las ideas morales han sido tratadas y expresadas bajo formas religiosas. Es difícil llevar a cabo un acto moral. Cuando obramos moralmente, nos arrancamos, en alguna medida, algo de nosotros mismos, volvemos los ojos hacia algo que nos sobrepasa, que nos domina. He aquí cómo las ideas morales casi necesitaban estar envueltas en símbolos religiosos. Los hombres tienen necesidad de comprender cuando obran, cuando luchan por alcanzar este ideal que, desde siempre, ha tenido el mismo carácter, que tiene tal lugar en la vida. ¿Qué ocurría, en ciertos momentos, para que estuvieran dispuestos a olvidar sus intereses, a sacrificar incluso su vida? ¿A qué se subordinaban para que este ideal no les apareciese como una vaga fantasmagoría de su espíritu? ¿Dónde encontrar esta realidad a la que ellos se agarraban tan desesperadamente?

* * *

La religión enseña que, por encima del mundo en que vivimos y del que formamos parte, existe un poder moral de otro género, que nos domina, que nos es superior, y del que dependemos. Puesto que nos es superior en este punto, tiene todo lo que hace falta para ser el legislador de nuestra conducta, somos sus súbditos. Es el poder divino. Estamos en sus manos. Tiene toda la autoridad necesaria para promulgarnos la ley. Tiene la majestad, y la majestad que le reconocemos explica la majestad de la ley misma. La explicación es muy natural. Pero, por otra parte, un dios no es solamente un legislador reverenciado, un amo imperioso que nos da órdenes ante las que nos inclinamos sin comprenderlas. Un dios es al mismo tiempo un poder seguro que nos ayuda y asiste. Dios nos ha hecho, dice la religión, de él procede nuestra existencia. Es nuestro padre, nuestro amigo, podemos contar con él, si estamos conformes con sus órdenes. Tiene, pues, todo lo que se necesita para goberarnos, tiene todo lo que se necesita para ser amado.

Y así, la ley moral se encuentra unida a la persona divina; y he ahí por qué los primeros hombres han considerado la ley moral como la palabra misma de Dios. A consecuencia de esta condición, las reglas tomaban prestada una gran potencia moral de la que el hombre dependía, por eso debía someterse con amor, debía hacer violencia a su naturaleza al amar a Dios. Así, el acto moral exigido de él era de su interés, puesto que le era reclamado por un ser esencialmente bueno, por un poder paternal. Y, de ese modo, incluso los niños podían comprender de dónde venía ese respeto que se les reclamaba para la ley moral.

He ahí lo que constituye la gran dificultad de la moral laica. Lo que es difícil no es encontrar razones muy laicas para mostrar por qué tal o cual modo de obrar es recomendable. Lo que es mucho más difícil, mas no imposible sin embargo, es en general hacer comprender al niño por qué hay deberes, por qué hay que hacerse violencia, desprenderse de sí mismo para cumplirlos. Es necesario que comprenda que hay, por encima de él, algo ante lo que él debe inclinarse, reglas a las que debe obedecer porque ellas mandan, y hay que

vincularlas a un poder moral del que ellas emanan; y para que los actos reclamados puedan aparecer como buenos hay que concebir a ese poder como benefactor, como bueno.

Si renunciamos a servirnos de una potencia divina, tenemos que encontrar otra que pueda jugar el mismo papel. Pues, sí, hay una, una potencia de la que la divinidad no es más que una expresión simbólica; sí, hay una potencia que está cerca de nosotros, en nosotros mismos. Es tan misteriosa como la otra, pero podemos mostrarla, hacerla comprender, hacerla ver, como podemos hacer ver el mundo exterior. Esta potencia moral tan real como la potencia física, pero que los ojos del cuerpo no ven bien, es la sociedad, la sociedad de la que formamos parte. Y, en efecto, una sociedad es a sus miembros lo que un dios es a sus fieles. Un dios es un poder superior al hombre que le da órdenes, del que depende. Pues bien, la sociedad tiene, con relación a cada uno de nosotros, la misma superioridad; y esta superioridad no lo es sin embargo para nosotros si no tenemos el sentimiento. La sociedad, como la divinidad, sobrepasa infinitamente al individuo, tanto en el espacio como en el tiempo. El individuo, pues, es un punto en el infinito social. Está perdido en esa inmensidad.

Mas, por otra parte, se dice que las sociedades son mortales. Sí, todas las sociedades son mortales, pero incluso los dioses a menudo han sido considerados como mortales. Pero si las sociedades son mortales, no es menos cierto que su existencia es extremadamente más larga que la del individuo. Las generaciones pasan, la sociedad permanece. Su vida propia no se cuenta por días, por semanas, por años; se cuenta por siglos. Por consiguiente, también en el tiempo, sobrepasa al individuo. Así pues, un poder moral, o la colectividad, es el sistema formado por todas las conciencias individuales en el presente, en el pasado. Sobrepasa al individuo en el espacio, pero le sobrepasa también desde el punto de vista de la riqueza moral. Por consiguiente, hay en las conciencias individuales menos civilización, menos moralidad que en la totalidad, ninguno de nosotros la absorbe en su totalidad. La ciencia, el arte, la religión, todas las creencias, todas las ideas de la técnica económica, industrial, comercial, todo eso está en la sociedad; todo eso nos sobrepasa, nos desborda por todos lados.

Todas las religiones han presentado a Dios como el legislador de la conducta humana. Pero la historia es la que nos muestra la realidad, y esta realidad es que el auténtico poder legislador de los hombres, el único, es la sociedad. Cuando miramos la realidad, también vemos que la moral ha vivido la vida de las sociedades. Cada sociedad ha tenido su moral, tiene su moral. Existió la moral griega, la moral romana. La moral evoluciona en el espacio del mismo modo que evoluciona en el tiempo. Antes se decía: la moral griega, la moral romana no se parecen a la nuestra, pero esto obedecía simplemente a que el espíritu de las gentes de ese tiempo no estaba suficientemente abierto: no podían ver dónde estaba allí la verdad. Pues bien, la historia no nos permite admitir semejante tesis. Si los romanos tenían una moral distinta de la nuestra no era en absoluto a consecuencia de un error suyo, de su ceguera. No, es por-

que no podían tener otra. Dada la organización de la ciudad romana, la moral no podía ser otra que la que era. Los romanos no podían vivir con otra moral. Si, por casualidad, se hubiesen podido infiltrar nuestras ideas en el espíritu de los romanos, la ciudad romana no hubiese vivido. El día en que las ideas morales cambiaron, el imperio romano se derrumbó. El papel de la moral es hacer vivir a los hombres juntos, y no hacerlos morir. Porque, en un momento dado, no eran posibles sino sociedades de este género. Si la sociedad romana no hubiese existido, hoy estaríamos acomodados a ello. Pero nuestra civilización viene de ahí en gran parte. Si ese anillo de la cadena histórica hubiese faltado, es la historia misma la que no habría sido lo que ha sido. No es por un azar, por un capricho del hombre, por lo que la moral ha cambiado. No, es porque habiéndose dado tal sociedad no puede haber más que tal moral. Si me dais el modo como se entiende el matrimonio, la familia, en una sociedad, yo podré deciros cuál era la moral de esa sociedad, pues todo ello está íntimamente ligado.

Nuestra moral está ligada a nuestra organización social, como la moral romana estaba ligada a la organización de la ciudad romana, como la moral griega era un producto de la sociedad griega. Releed el admirable y siempre joven libro de Fustel de Coulanges: *La Ciudad Antigua*, y os convenceréis. Es la sociedad la que instituye la moral puesto que ella la enseña. Aun suponiendo incluso que se pueda demostrar la verdad moral fuera del tiempo y el espacio, para que la verdad moral llegue a ser una realidad, harán falta sociedades que se adueñen de ella, que la sancionen y la hagan realidad. Para la justicia que pedimos, son menester legisladores que la hagan entrar en las leyes. La moral no es cosa de libros; brota de las mismas fuentes de la vida y llega a ser un factor real de la vida de los hombres. No existe sino en la sociedad y por la sociedad.

He ahí, pues, un aspecto de la divinidad que encontramos en la sociedad. Ese gran poder moral que posee la sociedad, vemos cómo nos da órdenes; toda la legislación moral nos viene de él. Un dios no es sólo un amo respetado, un amo temido, es también una potencia segura, benefactora. ¡Pues bien! La sociedad cumple también esta condición. La sociedad, por un lado, nos domina, nos sobrepasa, nos da órdenes. A cada instante nos incomoda, pide que hagamos sacrificios por ella. Por ese lado se nos aparece como un gran poder dominador.

Pero ella no está por entero fuera de nosotros: también está en nosotros. No está verdaderamente viva y es real sino en las conciencias particulares. Está en nosotros y fuera de nosotros. Es la mejor parte de nosotros mismos. Todo lo que hay en nosotros de auténticamente humano nos viene de la sociedad, todo lo que constituye nuestras conciencias de hombres nos viene de ella. El lenguaje es un producto de la sociedad, que, como la moral, expresa una de las fisonomías de la sociedad. Aprender palabras no es sólo aprender sonidos, es también aprender ideas. Un diccionario contiene toda una manera de pensar. En una lengua hay una mentalidad propia. Aprendiendo una lengua almacenamos

todo un sistema de ideas que expresan la realidad y todo un conjunto de maneras de ver las cosas. Es aprendiendo la lengua materna como se forma nuestro espíritu. La lengua nos viene de la educación social. Otra escuela en la que nos formamos es la ciencia. Aquí recibís una cultura científica. Sabéis cómo se forma el espíritu bajo la acción de la ciencia. Además, incluso aquellos que no reciben directamente esta cultura, incluso quienes están privados de toda cultura científica, se benefician de ella sin duda ninguna. La ciencia elabora [conocimientos] para todos, y los descubrimientos de uno solo llegan a ser propiedad de todos. La geometría nos ha enseñado a hacer [cosas], a operar de un cierto modo; la noción de causa nos ha sido dada por la ciencia; todas las grandes nociones, todas las nociones esenciales que adquirimos cada día, las adquirimos en la escuela de la ciencia. Retirad de nuestro espíritu todo lo que adquirimos por el lenguaje, por la ciencia, ¿qué quedará? Retirad igualmente lo que viene de una vida afectiva, pensad en estos múltiples sentimientos domésticos, en aquellos múltiples sentimientos morales que tenemos. Siempre quedará en nosotros el amor paternal, maternal, se dirá. ¡Error! Ha habido ciertas sociedades en las que estos sentimientos no existían, en las que no había sentimiento paternal. No sé si hay un solo sentimiento en el corazón del hombre que no venga de la sociedad. Es la sociedad quien despierta estos sentimientos según el tiempo, según los lugares, según las condiciones. Los sentimientos evolucionan incontestablemente.

Veis cómo nuestro espíritu es el producto de la acción social. Y no es sólo durante el primer período de la vida cuando la sociedad se mete en nuestra vida interior, o cuando somos adultos. En realidad, esta acción continúa consolidando perpetuamente la obra edificada. Si no lo hiciera, si esta acción no prosiguiera, la obra social se derrumbaría. Nuestra organización una vez formada tiene necesidad de sustentarse siempre. El ser moral que la sociedad crea en nosotros, si ella no viniera permanentemente a reparar sus pérdidas como los alimentos van a reparar las pérdidas de nuestro cuerpo, se debilitaría y moriría. Oramos, aunque nos desgastemos. Pero no podemos desgastarnos sin antes haber recibido un aporte. Es necesario que el gasto de nuestro organismo físico sea equilibrado para estar en estado de salud. Y lo mismo ocurre con nuestro organismo moral. Los esfuerzos que hacemos por obrar bien, estos esfuerzos implican desgastes. Para sostener estas fatigas hay, a cada instante, elementos que nos llegan, que nos vienen de fuera, sin que lo sospechemos. Hay un aflujo de fuerzas que nos reconfortan perpetuamente, sin que nos demos cuenta. De modo que no podemos pasarnos sin la aprobación de nuestros semejantes, sin el asentimiento de la opinión pública.

Sin duda podemos resistir contra ella, pero no nos lleva a sitio alguno más que a perder ventajas. Estamos obligados a sacar únicamente de nosotros el esfuerzo para la nueva lucha. Cuando sentimos a nuestros contemporáneos de acuerdo con nosotros, somos penetrados por sentimientos que sentimos provenir de ella. Nos sentimos más fuertes, pero, en realidad, somos más fuertes. Son fuerzas reales, aunque no se midan en el dinamómetro. Somos realmente

más fuertes. No tenemos necesidad de ser sostenidos, animados, es una acción permanente, pero la sentimos sobre todo en las épocas críticas, cuando estamos particularmente abatidos, desanimados. Si nos metemos en un grupo al que estemos unidos, enseguida nos sentimos recuperados. Es en esas ocasiones cuando se siente la utilidad de la familia, la utilidad de las agrupaciones, de las fiestas y de las ceremonias públicas. ¿Para qué sirven estas manifestaciones? Sirven para mantener los sentimientos colectivos de la sociedad, reuniendo a las masas, invitándolas a revivir estos sentimientos expresándolos en común. Desde que los individuos están reunidos, sabéis cómo estos sentimientos son exaltados. Los partidos políticos bien que se dan cuenta. Buscan todas las ocasiones de agrupar a los individuos para reconfortarlos, exaltar sus sentimientos. Nuestra voluntad se encuentra entonces acrecentada por el agrupamiento. Hay así, de ese modo, sin que lo veamos con claridad venir de afuera, un aporte perpetuo de fuerza, que va a sostenernos incesantemente y sin el cual no podemos pasar.

Así que comprended cómo la sociedad, a la vez que un poder legislador, es también un poder asegurador, una fuente de fuerza, y por qué debemos amarla; es de ella de donde nos viene en parte nuestra vida. Descenderíamos al rango del bruto, si retirásemos lo que ella ha hecho por nosotros. Retirad el lenguaje, no quedan más que las sensaciones de la vida animal; ya no hay ideas generales. Todas las formas superiores de la actividad humana son de origen social. La religión lo había comprendido bien. Yo os digo aquí bajo una forma laica lo que os han enseñado en las iglesias: Hay en el hombre una parte eminente que le sobrepasa, destello divino; es el alma, expresión simbólica de una realidad. Hay en nosotros algo, una parte eminente, excelente, que nos sobrepasa, que está por encima del resto de nosotros. Esta parte es justamente lo que la sociedad ha desarrollado. Pues ¿qué sería el hombre sin la sociedad? Si no hubiese sociedad, el hombre no sería un ser humano. No podemos saber, en verdad, lo que sería el hombre fuera de una sociedad. Ahora veis cómo podemos querer la sociedad aunque nos dé órdenes, pues quererla es querernos, negarla sería negarnos: nuestra suerte está ligada a la suya.

Si no estuviese apremiado por el tiempo, os mostraría el paralelismo de la noción de una sociedad por una parte y la noción de la divinidad por otra. Un dios es necesario a los fieles, pero el dios tiene necesidad de sus fieles, reclama ofrendas y sacrificios. El dios moriría si no se aportaran sacrificios a sus altares. Las religiones de hoy son más idealistas que las antiguas, pero este Dios que se adora hoy tiene necesidad, también él, de aquellos que le adoran, al igual que los dioses de antaño. Si el dios cristiano no fuese adorado, no se le rezase, no existiría. Sólo vive porque le rezamos. Nosotros le conferimos existencia, le damos existencia, igual que nosotros la obtenemos de él. Encontráis el mismo círculo en la vida social. El individuo tiene necesidad de la sociedad. Pero por otro lado, está claro que la colectividad no sería nada sin los individuos. Tenemos necesidad de la sociedad, pero ella también tiene necesidad de nosotros. A veces, cuando se mostraba lo que hay de superior en el individuo, se decía: la

sociedad no existe fuera de la conciencia individual. Pero ¿qué prueba esto? Nada en absoluto. Ahí hay un círculo como lo hay en la vida. No hay sino un elemento de misterio que estamos habituados a sentir en torno a la divinidad, que nos volvemos a encontrar precisamente en la sociedad. ¿Qué vemos de la sociedad? No percibimos sino unos pocos elementos: los que están agrupados a nuestro alrededor. Y sin embargo, en este preciso instante, hay en nuestro entorno una multiplicidad de confusos murmullos que suben y nos llegan de todas partes, y que nos penetran. Todo esto es el eco de una vida común enorme, de la que no conocemos más que una pequeña parte. ¡Escuchad! ¡Es el enorme rumor sordo, confuso, de esta gran máquina social! Pero no lo sentimos más que de una manera misteriosa, ¡pues esta potencia que se agita es vaga y misteriosa! Cada vez estoy más convencido de que el fondo de la divinidad no es otra cosa que el poder de la divinidad expresado con ayuda de símbolos. Se imaginó que los antiguos dioses eran poderes físicos. Esto no es sostenible; bien sabéis que fuera de las grandes fuerzas físicas hay otra que nos afecta más de cerca: es ese gran poder moral del que hemos hablado. Y el dios, los dioses, primero han sido conocidos como poderes morales. Hay toda clase de motivos para suponer que la potencia divina es la sociedad personificada, hipostasiada.

La sociedad puede jugar el mismo papel en la vida moral que el que las mitologías han asignado a los dioses de todos los tiempos. El papel de los dioses son las sociedades quienes lo representan. Podemos sustituir al poder religioso por el poder político, el poder social. Esta sustitución es completamente legítima. No hace más que volver a poner las cosas en su sitio. Reemplaza el símbolo por la realidad que este símbolo expresaba pero que desnaturalizaba al expresarlo.

Así pues, resulta posible la enseñanza de la moral. Ya no se trata de una enseñanza puramente libresca. La enseñanza consiste en hacer ver una realidad, hacerla tocar con el dedo. Enseñar las ciencias es enseñar algo real. Enseñar la moral es mostrar cómo la moral se relaciona con algo real. Con demasiada frecuencia se ha obligado a dejar estas ideas en el aire, no se ve con qué se relacionan. En efecto, esta realidad existe. Podéis hacerla ver a los niños. Hay ahí todo un mundo que se deja ignorar demasiado y en el que hay que hacerles penetrar. Les hacemos descubrir el mundo físico, pero nada les decimos del mundo social. Podemos servirnos de la historia para mostrarles las ligaduras que nos unen al mundo. Estos vínculos dominan nuestra vida, pero no son ligaduras materiales que se puedan tocar. No siempre se sienten, incluso se niegan. Hay que abrir los ojos del pensamiento que harán ver cómo, por el solo hecho de que los hombres viven juntos, están sujetos a algo más que ellos mismos.

No hay enseñanza más importante. He aquí cómo las enseñanzas que se desprenden de la vida real pueden preparar ya la formación de esta idea moral. Se le puede hacer ver [al niño] que él es diferente cuando está en grupo de cuando está solo. Se le puede hacer ver cómo, cuando está desanimado, recupera el ánimo [en grupo], cómo cuando está solo no es como cuando está con

sus compañeros. Hay sobre todo una enseñanza de la historia que debería servir precisamente para hacer ver lo que es esta realidad social. Se puede mostrar lo que los hombres han sido antiguamente, cómo estaban unidos en una agrupación, cómo cada generación ha determinado a la generación siguiente. De este modo, se le hará descubrir todo ese mundo, nuevo para él, de un pasado para el que sus sentidos no han sido ejercitados. Incluso la enseñanza de las ciencias es útil a este punto de vista. Pues no creáis que el hombre es el único en vivir en grupo. Todo el universo no es más que una inmensa sociedad de la que cada cuerpo celeste es una porción. El átomo atrae al átomo, la célula atrae a la célula. Se ha dicho que el cuerpo humano no es más que una asociación de células. Esta ley de los grupos domina el universo entero. He ahí ideas muy simples, que no tienen nada de complejo, que pueden ser presentadas bajo una forma elemental. Toda la enseñanza debería derivarse de estas ideas. Si no se puede hacer, no hay nada que hacer en la enseñanza de la moral.

Para que la enseñanza de la moral sea posible, hay que mantener intacta la noción de sociedad. Hay que mantener que la sociedad es la condición misma de la civilización y de la humanidad. Y puesto que la patria no es otra cosa que la sociedad más altamente organizada que existe, entreveréis que negar la patria no es sólo suprimir ciertas ideas recibidas, es perjudicar la vida moral en su misma fuente.

Sin duda, hay quien cree que se puede oponer la patria a la humanidad. Es el resultado de un enorme error. El grupo altamente constituido, el más elevado que hay, es la sociedad política, o sea la patria. Seguramente conozco bien cuáles son los nobles sentimientos que están en la base de esta negación de la patria. Puesto que la máquina social es una pesada máquina, no evoluciona siempre a gusto de nuestros deseos. La sociedad, tal cual es, aparece como un obstáculo para las almas ardientes, presas de ideal. Nada más humano que querer apartar el obstáculo. Y he ahí cómo, bajo la influencia de sentimientos generosos, se llega a la conclusión de que la sociedad presente es una enemiga que hay que vencer y de la que hay que deshacerse a cualquier precio. No trataré de refrenar en vosotros esos ardores generosos si los experimentáis. Creo, al contrario, que no hay ningún motivo para entibiarlos arbitrariamente, y por si acaso esos ardores pueden tener algo de excesivo, yo me remito al contacto con la realidad para aportar, aunque quizá demasiado tarde, la moderación necesaria. No se trata de protestar contra estos sentimientos, sino que lo que yo quiero haceros comprender es que estos sentimientos son demasiado violentos y que se vuelven contra ellos mismos.

Pues, en suma, ¿quién crea esas nuevas ideas? Es la sociedad. Se tienen que interesar [los hombres] por ella para tenerlas. Es a ella a quien debemos la poca justicia que tenemos. Sólo a ella podemos pedir la justicia más alta a la que aspiramos. Si intentamos destruir nuestra patria, negarla, intentamos destruir el instrumento necesario para las transformaciones que podemos esperar. Esta destrucción de la patria con que se sueña, no siempre ha sido un sueño. Se llevó a cabo antaño. Ha habido un momento en que todas las patrias han zozo-

brado. Todas las sociedades que componían el imperio romano destruido por las invasiones de los bárbaros no han sucumbido. Pero ¿qué resultó de esta subdivisión hasta el infinito? Un inmenso retroceso de la civilización. La Edad Media no ha sido más que un período de tinieblas. La destrucción de la patria no tendría otros resultados. No sé si será posible impedir que se produzcan violencias, ellas desempeñarán quizá, en el futuro, un papel como lo han desempeñado en el pasado, pero más feo. Es posible que un día u otro haya otra Edad Media, pero es menester que sea menos larga, menos tenebrosa que la nuestra.

La sociedad presente sabe amar la sociedad de ayer y la de mañana, como la sociedad de ayer y la de hoy llevan en sus flancos. Y si el alumbramiento es doloroso, laborioso, es una razón para ayudarse en su trabajo y no revolvernos contra ella. Hay que amarla con sus miserias, pues como ella sostiene todo nuestro ser moral por todas nuestras fibras, sus miserias son también nuestras miserias, sus sufrimientos también nuestros sufrimientos. Es imposible que nos dejemos llevar contra ella por un arrebato violento sin que con el mismo golpe nos causemos heridas y nos desgaremos a nosotros mismos.

(Traducción: Antonio BOLÍVAR y José TABERNER GUASP.)

CRÍTICA DE LIBROS